

el anhelo de la moneda unitaria y de la eliminación de los obstáculos artificiales que al tráfico, habían establecido los estados territoriales para su provecho particular y en contra del interés común. El anhelo quedó sin satisfacerse; incluso económicamente, vivió hasta el final el antiguo Reich, bajo el signo del particularismo. Cuando se trató de crear un nuevo orden, los patriotas elevaron otra vez el viejo anhelo: ¡una misma moneda, una misma política comercial para toda Alemania! El estatuto de la Confederación no se preocupó de ello. Los estados eran soberanos; una limitación de sus facultades en este terreno, contradecía los fundamentos sobre los que descansaba la Confederación misma. Hasta el particularismo económico recibió su último reconocimiento.

Mas las cosas no podían seguir así: era un sentir inmediato y general del pueblo. La inseguridad exterior, que nacía de la debilidad militar de la Confederación, era un peligro para el porvenir, del que había que formarse primero un concepto claro; lo contradictorio, que residía en la destrucción de la unidad natural del tráfico del país, se hacía presente todos los días y a toda hora, y se sentía en donde también el alemán es más sensible: en el bolsillo. El movimiento se inició en el cuarto año de la Confederación, cuando Federico List (en 1819) fundó su "Unión comercial alemana", que realmente no dió en seguida resultado, pero reveló la apremiante necesidad. A la larga, ni los estados podían permanecer indiferentes: el particularismo económico de la política comercial, se dirigía contra su propio provecho porque los empobrecía. Si se persistía en que todos los estados alemanes erigieran barreras aduaneras entre sí y se combatieran unos a otros, ellos mismos serían entregados sin defensa a la supremacía económica de los grandes países

comerciales extranjeros, sobre todo de Inglaterra. El particularismo convertía a Alemania en campo de explotación del capital inglés. La unidad económica era por esto un postulado de la conservación nacional, no inferior al de la unidad militar.

Tampoco en este interés vital de la nación tuvo Austria participación alguna. Constituía un territorio económico amplio, coherente, rico y, en general, capaz de bastarse a sí mismo, con buenas vías de salida y puertos propios. No tenía necesidad de una estrecha conexión con Alemania; y debía ver en la transformación de la Confederación en un estado comercial unitario, solamente una perturbación para sus propios intereses. Para Prusia, en cambio, la situación reinante era tan insoportable como apenas podía serlo para cualquier otro estado alemán. Carecía aún de unidad geográfica territorial; sus tierras estaban cortadas por Hannover, Brunswick y el Electorado de Hesia en una mitad oriental y otra occidental, y en la oriental estaban enclavados, como las astillas en una mano, los principados soberanos de Anhalt y Schwarzburg con su propia política aduanera y comercial europea. Aun no se había inventado la "política mundial"; pues de otro modo estas señorías territoriales hubieran reclamado participar en ella. Por lo tanto, para Prusia, la unidad económica nacional era, exactamente como la unidad militar, un asunto de conveniencia propia, casi una condición de su propio progreso.

Coincidían así, por donde se miraran, los intereses prusianos y los alemanes, mientras que por las mismas razones divergían los prusianos y los austriacos. El antiguo dualismo actuaba en la naturaleza de las cosas. Por un tiempo podía desaparecer, pero alguna vez debía hacerse valer. La solución podía ser postergada, pero debía llegar.

Algunas veces se había manifestado ya en los días del Congreso de Viena; los más inteligentes reconocieron en ese momento que sólo la violencia podía ser capaz de resolver este problema. Un desconocido se atrevió a confesar públicamente en el año 1815, que ya no quedaba más que la esperanza de la guerra civil, "porque desde ahora puede, y debe, comenzar la lucha por el predominio en Alemania". Más dura y agudamente se expresaba el general Clausewitz: "Alemania puede alcanzar la unidad política por un solo medio, y éste es la espada: uno de sus estados debe subyugar a todos los demás".

Que ese estado únicamente podía ser Prusia, lo vieron también exactamente muchos otros entonces, largo tiempo antes de que Paul Pfizer, en su "Epistolario entre dos alemanes" (1831), tuviese la osadía de presentar el problema a la discusión pública. Con asombrosa claridad el ministro de Weimar, von Gersdorff, colega de Goethe, mostró en 1817 el camino por el cual debía llegarse a eso: Prusia, en determinado momento, debía —respetando sus derechos y mediante una constitución militar eficiente— reunir en una liga a los estados más importantes y bien dispuestos; y obligar después a los restantes a la adhesión. Únicamente así, opinaba, quedaría satisfecha la necesidad de Prusia y simultáneamente la de sus compañeros coligados y la de la nación alemana.

Lo que en esas palabras nos parece lucidez de vidente, no era en realidad más que el penetrante reconocimiento de la realidad, guiado por el recuerdo de la Liga de príncipes de Federico el Grande. Prusia, gran potencia, debía de hecho convertirse en conductor y soberano, primeramente de una parte de Alemania, y luego de todo el resto; de otra manera debía desaparecer. La obra de Federico el Grande, destruída por Napoleón, reconstruída por la

guerra de liberación, debía ser concluída o perecer por segunda vez y para siempre, y con ella, Alemania.

La tarea se agravaba no poco por las modificaciones que había llevado a cabo la época napoleónica en la Alemania meridional. El policromo montón de pequeños y pequeñísimos estados "representativos" del Reich, había sido sustituido por un grupo de cuatro estados medianos, lo bastante grandes para permitirse la ilusión de una vida pública propia. Este nuevo orden de cosas se había cumplido por dictado francés y el Congreso de Viena lo dejó subsistir, porque a este precio se había comprado la adhesión de los estados del sur en la guerra contra Napoleón.

Es indispensable compenetrarse una vez más de esto: la agrupación de los estados meridionales de Alemania, que subsistía aún en 1933, fué obra de Francia. Servía, pues, al interés de ésta. Francia había querido procurarse una fuerza de protección contra Austria, un sistema de paragolpes, cada uno de los cuales pudiera servir, según la necesidad, como contrapeso de otro. De allí la fuerza decreciente de este a oeste: Baviera, la más grande, un dique contra Austria, Württemberg contra Baviera, y en la frontera con Francia, Baden y Hesía, los más débiles de todos. Así quedaba abierta en forma permanente la Alemania meridional para una invasión francesa desde Estrasburgo y Weissenburg; sus gobiernos debían reflexionar tres veces si, en un choque entre Austria y Francia, querían ponerse al lado de la primera.

En los problemas internos de Alemania esta situación influía en otro sentido. En Munich, Stuttgart, Karlsruhe y Darmstadt, los monarcas pensaron en primer término mantener sus estados y su soberanía; temían la "mediatización". Por esta razón eran los adversarios natos de

cualquier fusión más firme de Alemania en una verdadera unidad, y cuanto más claro pareció que algo semejante sería el cometido natural de Prusia, mientras ningún peligro los amenazaba de parte de Austria, tanto más acumularon una instintiva aversión a Prusia, la "conquistadora", de quien se temía que un día cualquiera lo devorara a uno mismo. La pericia de Metternich, supo llevar a todos, y muy pronto, la convicción de que sus derechos serían defendidos en cualquier momento y de la mejor manera por Austria. Así se convirtió la Alemania del sur en el obstáculo más fuerte para la unidad nacional.

También en el norte había estados medianos que se sentían en la misma situación, pero no eran más que dos: Sajonia y Hannover. Todos los demás eran tan pequeños y débiles que no podían ofrecer ninguna resistencia seria a una unión con el gran vecino. Hubiera sido ridículo luchar por el mantenimiento de la plena soberanía de Reuss o Gotha.

El norte instigó pues a la unidad; allí el particularismo no podía prosperar más que por excepción; la Alemania meridional, en cambio, era obstinadamente particularista y quería y podía seguir siéndolo. En ella, donde las tradiciones del cantonalismo alemán subsistían con unidades de mediana grandeza, unidades que en cualquier caso podían también existir como organismos independientes, encontró el mejor humus y una aparente justificación, la vieja inclinación alemana de aislarse y marchar cada uno por su lado. Con seguro instinto, los gobiernos alemanes del sur, se volvieron contra el estado que estaba llamado por la naturaleza a poner fin a este hermoso ideal de todos los filisteos y feacios: contra Prusia. De vez en cuando, es cierto, cuando el peligro amenazaba —como en 1830 y en 1839-40, cuando se temió un ataque francés—

se dirigieron miradas, en demanda de auxilio, desde Stuttgart y Munich, a Berlín, que era el único poder que podía conceder ayuda y protección efectivas. Pero no bien había pasado el peligro, se volvía de nuevo a la vieja y querida costumbre y se juraba la bandera de Austria, "estado imperial" contra Prusia, "la conquistadora" y "la advenediza".

Y casi debe considerarse como un milagro, que en tales circunstancias se llevara a cabo, sin embargo, la obra más urgente: la unión económica. Por cierto, tardó mucho, hasta que el 1º de enero de 1834 cayeron la mayoría de las barreras y toda Alemania —primeramente con la sugestiva excepción de Hannover, inglés, y de tres ciudades hanseáticas dependientes de Inglaterra— se asoció en la Unión aduanera alemana, como territorio comercial coherente con una política económica común.

Las conferencias penosas, los rodeos y los desengaños temporarios, que precedieron a este resultado, no son para ser contados en este libro. Todo lo que los celos, la envidia, el temor miserable y el egoísmo estrecho, pudo imaginar creando obstáculos, fué empleado contra el proyecto prusiano. También desde el exterior se trató de impedirlo: Francia, y más que Francia, Inglaterra, tomaron a pecho, con benevolencia conmovedora, la independencia de los estados aislados, y Metternich no dejó de llamar la atención de Londres, sobre el hecho de que Prusia quería erigir "un bloqueo continental en pequeño" y trataba de "jacobinizar a toda Alemania". La firme voluntad y la paciencia tenaz de los funcionarios prusianos vencieron todas estas dificultades, y la apremiante necesidad de la vida diaria vino en su ayuda.

Asimismo sería equivocado creer que la Unión aduanera fué exactamente un producto natural, nacido de la

necesidad interior, sin el aporte creador de algunos individuos. En su proyecto y en su ejecución es esencialmente la obra de un hombre genial, el ministro prusiano de Hacienda, von Motz, quien con amplia y audaz mirada entrevió desde un comienzo toda la trascendencia de este paso. Quiso y esperó que, sobre la base de la unidad económica "debía surgir una Alemania libre, verdaderamente unida, firme interior y exteriormente, bajo la protección y la guarda de Prusia". No alcanzó a vivir para ver la conclusión, pero cuando falleció, en 1830, pudo pensar con satisfacción, que la obra estaba asegurada y que el éxito final sería cuestión de pocos años más.

Se puede preguntar uno mismo, qué hubiera sido de Alemania, si no se hubiera dado a tiempo este paso decisivo, por cuanto, precisamente en ese momento, el mundo —con la aparición de las máquinas de vapor y de los ferrocarriles— se hallaba ante una revolución tan fundamental de su vida económica como nunca había sucedido. En 1835, un año después de la creación de la Unión aduanera, se inauguró también en Alemania la primera vía férrea, y desde 1837-39 se construyeron de continuo nuevos y más largos tramos. Con rápidos pasos se apoderaba del suelo alemán el nuevo medio de transporte. Comenzaba la era del carbón y del hierro; Alemania obtuvo la oportunidad de sacar provecho de uno de sus mayores tesoros, las ricas minas de carbón de piedra: había nacido la gran industria alemana. Se abría una nueva fuente de bienestar. Nadie podía sospechar entonces con cuánta riqueza fluiría luego, y qué cambios originaría en la vida y en las costumbres del pueblo. Pero para Alemania, que acababa de soportar las guerras napoleónicas, que trataba de salir penosamente de un estado de empobrecimiento, tenía enorme importancia que no

debiera limitarse, preponderantemente, a los frutos de su agricultura y a su exportación, como hasta ahora, y que pudiera comprar y pagar también con su trabajo.

Sólo desde 1830 se nota una rápida mejora de las consecuencias de la gran época bélica. Quedó vencida la antigua pobreza mendicante; se despertó el espíritu de empresa; las fuerzas se movían gracias a las amplias posibilidades que se abrieron por el nuevo elemento: la energía del vapor. ¿Cómo hubiera podido acontecer eso en un país que económica y comercialmente se combatía a sí mismo? La Unión aduanera creó las condiciones en que podían explotarse los nuevos medios de la técnica para el tránsito y el comercio, y se hizo sentir también su influencia más inmediata: el dominio exclusivo del capital inglés cedió cada vez más ante la economía por cuenta propia; se quitó del cuello de la economía pública alemana el yugo del exterior, porque, al fin, podía presentarse en el mercado mundial, como nación unitaria bajo la guía de la gran potencia de Prusia.

De lo dicho hasta aquí resulta lo incorrecto de la idea corriente, según la cual desde 1815 los años pasaron vacíos y carentes de acontecimientos. Se trata de una desviación parecida a la que ya una vez hemos encontrado en mayor medida. Entonces tuvimos que establecer que los siglos posteriores al año 1250, aparentemente sin interés, habían sido en realidad más importantes para la historia total de la nación y más eficientes hasta nuestros días, que los tiempos brillantes del antiguo imperio. Exactamente así, y más aún, hay que ver en los decenios posteriores a 1815 una de las épocas más ricas en consecuencias. Lo acontecido e iniciado entonces, actúa hasta lo presente y seguirá actuando aún por mucho tiempo.

Se formó entonces la base de esa Alemania en que vivimos y en la que vivirán nuestros hijos y nuestros nietos.

A este período, en primer término, pertenece la cristalización de los estados alemanes.

No todos comprenden claramente, de buenas a primeras, cuál es el sostén de la vida pública. Una opinión, aún hoy muy difundida, lo sitúa en la llamada vida constitucional, en la política esencial, que se desarrolla en los parlamentos, representaciones populares o como se quiera calificarlos. De ahí el exceso de importancia tan a menudo atribuido a los problemas de la constitución escrita, del derecho electoral y otros afines.

Cualquiera puede comprender que no es esto lo acertado, con sólo reflexionar que hubo muchos estados que ni siquiera conocieron una vida constitucional en el sentido moderno, y que a pesar de ello nadie puede declararlos extinguidos. En realidad, la que se llama hoy vida política o constitucional, no es más que una modalidad especial de la lucha por el poder del estado, la que existió y existirá en todos los tiempos y en todos los países, pero que aparece en muy distintas formas. La vida real del estado puede ser independiente de aquélla; reside en la administración. Por eso su verdadera sostenedora es la burocracia. Donde ésta se conserva inalterada, un estado —la historia ofrece más de un ejemplo de ello— puede sobrevivir a las más profundas revoluciones de su constitución; mientras que debe derrumbarse, apenas su organización administrativa es destruída por una conmoción interna o por ataques externos.

Este sostén esencial de la vida pública, administración y burocracia, fué creado para la nueva Alemania desde comienzos del siglo XIX. Se ha conservado hasta hoy; ha sobrevivido en su mayor parte, aún a la gran revolución

de 1918 y no es casual que los elementos destructores, para los que el estado en sí es motivo de odio, dirijan siempre su asalto precisamente contra ese bastión.

Después de 1815 no hubo necesidad de comenzar *ab ovo*; en la mayoría de los lugares, se habían puesto los cimientos en los siglos precedentes. En Baden, el largo y excelente gobierno de Carlos Federico había hecho ya lo mejor desde hacía medio siglo; en Württemberg, el rey Federico I desde 1806; en Hesia, Luis I en forma apenas un poco menos excelente; en Baviera, Montgelas en modo parecido por esa misma época. Pero quedaba todavía bastante que hacer para que toda la casa fuera definitivamente habitable. El conjunto del organismo administrativo debía amoldarse a los desplazamientos territoriales, —la política napoleónica y el Congreso de Viena, que habían traído otras necesidades y problemas,— y a las exigencias de los tiempos nuevos; tarea enorme de la que ni el juez más severo puede decir que haya sido mal cumplida. Si en todo el exterior la administración alemana, hasta hace poco tiempo, fué considerada indiscutiblemente como la mejor y en muchos aspectos como un modelo, buena parte de esta alabanza corresponde a los príncipes y a los políticos, que en la época de 1815 organizaron y reconstituyeron sus estados sobre nuevas bases: hecho este, que muy bien podría obligar a limitar por lo menos en algo, la tradicional opinión de la incapacidad política de los alemanes.

Esto es válido sobre todo para Prusia, que ya antes de 1815, en efecto, había atravesado una época de reforma. Impulsos que databan de la época del iluminismo y estaban dictados por un ideal humanitario, habían experimentado un aumento poderoso por el derrumbe exterior. En muchos aspectos, era ya un estado reorganizado que pasó por la prueba de fuego de los campos de batalla de Gross-